

*Mirada sobre los dos prólogos*

El Evangelio de *Juan* presenta de entrada la situación de Cristo en la vida divina y en la historia humana. Tal introducción pone en evidencia la relación de Dios con el hombre, del Maestro creador con su discípulo creado y llamado a compartir la luz admirable del Padre.

El Verbo, que es Dios, permanece siempre junto al Padre y lo contempla sin cesar. Él mismo luz, la vida que da es luz y hace de los que creen en Él hijos de la luz

El discípulo<sup>2</sup>,  
en Juan y  
en Benito<sup>3</sup>

CuadMon 148  
(2004) 11 - 20

<sup>1</sup> Véronique Dupont, científica de formación (investigación en biología molecular CNRS/Institute Pasteur), es benedictina de la Abadía Notre-Dame de Venière (Francia). Autora de una memoria sobre la "Mystagogie" de san Máximo el Confesor, hizo sus estudios de teología en el Instituto católico de París. Desde 1990 da clases de patrología y de monacato en Francia, Bélgica, y en los monasterios de África francófona y de Madagascar. Es miembro del Equipo Internacional de la AIM.

<sup>2</sup> La frecuentación a lo largo de días y años de la *Regla* de san Benito al mismo tiempo que de la Sagrada Escritura, hace que ciertos temas se llamen, se entrecrucen, se impongan a la atención, y es a merced de la gracia, como unas veces un tema, otras veces otro, ocupa el primer plano. Así es como fui llevada a tomar como centro de interés al discípulo, simultáneamente en la *Regla* y en el Evangelio de *Juan*. Las cercanías que propondré podrán sorprender; ninguna se impone, pero me parece que pueden ser iluminadoras. Y mis investigaciones en los textos del monacato antiguo me han convencido, por si fuera necesario, del carácter central del tema del discípulo llamado a imitar a Cristo (Véase el *De Instituto Christiano* de GREGORIO de NISA, las *Obras espirituales* de DOROTEO de GAZA, el *Liber Asceticus* de MÁXIMO el CONFESOR, la *Escala Santa* de CLÍMACO y, por supuesto, las *Instituciones* de CASIANO, etc.).

<sup>3</sup> Traducción del francés del artículo publicado en *Collectanea Cisterciensia* 64 (2002) 56-64, realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb (Abadía Gaudium Mariæ, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

(*Jn* 1,4-12; 12,36). El Verbo es la luz que atraviesa y separa las tinieblas. Esta oposición de la luz y de las tinieblas se vuelve a encontrar a lo largo de todo el Evangelio de *Juan*<sup>4</sup>. El Verbo se revela por ese hecho purificador. Viene a permanecer en el corazón del mundo y da sin cesar de su plenitud. Por medio de su humildad y de su obediencia de amor, hace que los hombres conozcan a Dios. Vuelto dinámica y eternamente hacia el seno del Padre, ofrece la contemplación de su gloria a todos los que lo reciben.

El discípulo, a su vez, es un hombre elegido por Dios (*Jn* 1,6), llamado a pasar de las tinieblas a la luz. La relación entre Dios y el hombre, entre el Maestro y el discípulo, es una relación de amor filial en la cual Cristo es la clave. En efecto, Jesús es el Maestro amante del discípulo, del creyente a quien engendra a la vida divina. Pero, Él mismo es también hijo, el Hijo único y eterno del Padre.

El prólogo de la *Regla de san Benito* presenta de una manera similar la situación del discípulo. En efecto, desde el comienzo de la *Regla*, el maestro muestra con insistencia a su discípulo el término del camino: la morada con Cristo Señor nuestro verdadero rey (*Prol.* 3)<sup>5</sup>, es decir, la vida eterna (*Prol.* 17.20.23.39.42) y la contemplación de aquel que nos ha llamado a su Reino (*Prol.* 21.50). El medio para llegar allí es la conversión, a saber, el paso de las tinieblas a la luz que diviniza (*Prol.* 9). Volvemos a encontrar en el texto de Benito las mismas oposiciones que en el Evangelio de *Juan*: tinieblas y luz, muerte y vida, infierno y vida eterna, etc.<sup>6</sup> El discípulo descubre el camino totalmente recto, un camino de obediencia (*Prol.* 2.3.40), de humildad (*Prol.* 32), de silencio, de amor y de perseverancia (*Prol.* 35.37.50) cuyo término es Cristo que se ofrece por entero y dilata el corazón del que viene hacia Él (*Prol.* 49-50). La cercanía con el prólogo joánico se hace tanto más natural cuanto uno y otro son enseñanzas bautismales.

Tanto en el prólogo de *Juan* como en el de Benito, Cristo es presentado como modelo de vida al maestro espiritual y al discípulo<sup>7</sup>. Benito inscribe su *Regla* en la tradición evangélica, patrística y monástica de la

<sup>4</sup> *Jn* 3, 19-21; 8, 12; 9, 4-5; 11, 9-10; 12, 35-36, etc.

<sup>5</sup> La abreviatura *Pról.* envía siempre al prólogo de la *RB*.

<sup>6</sup> Cf. por ejemplo *RB* Prólogo 38. 42.

<sup>7</sup> Hans Urs von Balthasar confirma esto: "(En la *RB*) Cristo aparece pues tanto en el maestro como en el discípulo. Es en efecto Él mismo inseparablemente el *Logos* que legisla y el servidor humillado." (Cf. "Thèmes johanniques dans la *RB*", en *Collectanea Cisterciensia* 37 [1975], p. 3-14).

imitación de Cristo y da los medios concretos para realizar ese programa, para volverse hacia Dios y llegar al Reino siendo el *discípulo que Jesús ama*<sup>8</sup>.

### 1. La vocación del discípulo

Desde el comienzo del Evangelio, *Juan* nos presenta la vocación de los discípulos y nos conduce al corazón de este paso: “¿Qué buscáis?” –Maestro, ¿dónde vives? Les respondió: “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, vieron dónde vivía y permanecieron con él aquel día (Jn 1,38-39). Benito retoma esa misma exigencia radical: buscar verdaderamente a Dios (RB 58,7). Así el discípulo podrá permanecer con sus hermanos y llegar a la vida eterna.

San *Juan* muestra a los discípulos de Jesús como siéndole dados por el Padre. Jesús no los llama, los recibe: *Los dos discípulos siguieron a Jesús (Jn 1,37). “Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae” (Jn 6,44).*

El discípulo es elegido anticipadamente por Dios para su Hijo (Jn 10,29; 17,6). Esto es aún más explícito en Jn 17, 24: “Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen la gloria que tú me has dado”. Volvemos a encontrar esa actitud fundamental en Benito: el discípulo viene al monasterio no llamado o elegido por el maestro, sino conducido por Dios (RB 58,1).

El discípulo es todo el que quiera hacer la voluntad de Dios, vivir sólo para Dios. Nadie es excluido. Al no hacer acepción de personas (RB 2,20), el maestro tiene como único criterio que el que viene al monasterio busque verdaderamente a Dios (Jn 1,38 y RB 58,7); con esa condición, lo recibe como discípulo dándole los medios para encaminarse en el seguimiento de Cristo, a fin de llegar a la morada del Padre, a la contemplación de su gloria.

Desde el primero hasta el último capítulo del Evangelio de *Juan*, la vocación del discípulo no se separa jamás del camino que hay que seguir en la luz para llegar a la meta deseada: permanecer con Cristo y contemplar la gloria de Dios. Todo transcurre con una densidad extraordinaria y en silencio: los discípulos dados a Cristo por el Padre, miran a Jesús, lo escuchan, lo siguen y permanecen con Él (Jn 1,35-51). Ahora bien, la misma estructura se encuentra en la *Regla*. Desde el Prólogo hasta el último capítulo, toda la vida del discípulo puede resumirse así: vida de

<sup>8</sup> Jn 13, 23; 19, 26; 20, 2; 21, 7. 20.

silencio, de obediencia inmediata, de humildad y de amor en el seguimiento de Cristo que busca al discípulo para permanecer con él.

## 2. El discípulo escucha al maestro

La actitud fundamental del discípulo en *Juan* y en la *Regla* es la escucha de la Palabra. En *Juan*, Jesús no cesa de llamar a sus discípulos a escucharlo<sup>9</sup>. Él mismo está a la escucha del Padre: “*Mi Palabra no es mía*” (*Jn* 14,24). No es una escucha pasiva, porque el que escucha tiene la vida eterna (cf *Jn* 5,24). “Es el mismo acto por el cual el hombre prestando oído a la Palabra de Jesús, reconoce la palabra del enviado de Dios y adhiere a ella como la palabra del maestro”<sup>10</sup>.

El discípulo benedictino escucha al maestro, se vuelve silencio y apertura, tendido totalmente hacia el Maestro que es el Verbo de Dios. Cristo Jesús enseña el arte de la *lectio divina*, la necesidad de conocer la Escritura, la Verdad, y de hacerla nuestra a tal punto que penetre en lo más íntimo de nuestra vida y se convierta en la norma (*Jn* 8,31-32). El Evangelio de *Juan* ilustra los diferentes niveles de escucha de modo concreto: en varias oportunidades se ve a los discípulos oír y ver pero no comprender; después, habiendo recibido el Espíritu, se acuerdan y entonces comprenden y creen sin ver<sup>11</sup>. El sentido de la *lectio divina* aparece aquí. En efecto, los discípulos leen la Palabra, ven al maestro, y no comprenden más que en un primer nivel, natural; después, invadidos por el Espíritu, comprenden en un nivel espiritual cuando ya no tienen más la visión sensible de Cristo. El Espíritu Santo está en el corazón de la *lectio*: “*El Espíritu os enseñará y os recordará todo*” (*Jn* 14,26). Su misión esencial es actualizar la Palabra de Jesús, de ahí la importancia que otorga Benito a la *lectio divina* (*RB* 48,49 y 73) y a la escucha del maestro (*Prol.* 1,33).

Guardando la Palabra, el discípulo la hace fructificar; ella es el corazón de su dinamismo. El discípulo escucha la Palabra y la cumple. Jesús da el ejemplo, Él que, en una obediencia total al Padre, marchó hasta la cruz y hasta la gloria. El discípulo es invitado a esta misma expresión *actual* (= en acto) de la palabra del maestro.

<sup>9</sup> *Jn* 5,24.28; 10,3.16.

<sup>10</sup> Donatien MOLLAT, *Saint Jean maître spirituel*, DDB, 1976 p. 94.

<sup>11</sup> *Jn* 2,17. 22; 12,16; 20,9.

### 3. El discípulo es silencioso

*Corresponde al discípulo callar y escuchar*, escribe Benito (RB 6,6). Después de los apóstoles, el monje que sigue a Cristo es una persona que escucha. San Juan no habla explícitamente del silencio, pero esta actitud subyace en la enseñanza de Cristo como medio para vivir la Palabra. Para Benito, lo importante no es tanto hablar o callarse, sino adquirir un espíritu de silencio, de recogimiento, de profunda humildad, canal del amor que orienta al discípulo hacia el silencio interior permitiendo así al amor manifestarse. En efecto, según la *Regla*, el discípulo no debe simplemente escuchar al maestro que enseña, sino que a través de este último, ha de tender hacia la Trinidad. Varios pasajes de la *Regla* hacen explícitamente alusión a esa Palabra interior: *Prol.* 15s; *RB* 5; *RB* 7; *RB* 71, etc. Dicho de otra manera: por medio del entrenamiento en el silencio, Benito quiere introducir a su discípulo en la vida interior, en el permanecer en Dios, a imitación del Señor Jesús que conducía a sus discípulo a permanecer con Él<sup>12</sup>.

### 4. El discípulo obedece

El silencio es la actitud del obediente que *realiza* la palabra sin demora (RB 5,1.9) porque no tiene nada más querido que Cristo (RB 5,2).

El tercer grado de humildad es que el monje se someta al superior con toda obediencia por amor a Dios, imitando al Señor, de quien dice el Apóstol: “Se hizo obediente hasta la muerte” (RB 7,34).

Este tercer grado da al discípulo la razón de su obediencia: el amor al Señor. La obediencia es el medio de llegar a conformarse con Cristo. Él mismo se hizo totalmente obediente a su Padre, recibiendo su Hora del Padre<sup>13</sup>, renunciando a su voluntad propia (Jn 6,38), dando su vida en sacrificio por amor (Jn 10,15), y llevando tras de sí a su discípulo en su sacrificio y en su glorificación (Jn 12,26-28).

### 5. El discípulo es humilde

Proponiendo doce grados de humildad (RB 7), Benito ofrece un

<sup>12</sup> Jn 1, 39; 14, 23; 15, 4.9.10.

<sup>13</sup> Jn 2, 4; 12, 23; 13, 1; 17, 1.

camino de imitación de Cristo en una obediencia silenciosa, inmediata y absoluta. Benito jalona con exhortaciones este camino cristológico: renunciar a la voluntad propia (primer y segundo grados), obedecer por amor (tercer grado), soportar los sufrimientos y las injurias (cuarto y sexto grados), llegar a conformarse con Cristo humillado (séptimo grado). Así el discípulo perderá toda distinción mundana (octavo grado) para vivir en el silencio de la vida interior (noveno, décimo y undécimo grados). Este amor transformante, que transfigura, lo conduce entonces a permanecer sin cesar delante del rostro glorioso del Padre y del Hijo (duodécimo grado).

Podríamos, igualmente, sin forzar demasiado las palabras, leer cada uno de estos grados, –que son otros tantos aspectos complementarios del amor<sup>14</sup>–, a la luz de textos de san *Juan*:

El primer grado, el amor presente: *“Yo no estoy solo, el Padre está conmigo”* (Jn 16,32).

El segundo grado, el amor olvidado de sí<sup>15</sup>: *“Yo no hago nada por mi propia cuenta, [...] yo hago siempre lo que le agrada a Él”* (Jn 8, 28-29).

El tercer grado, el amor obediente: *“Yo no he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado”* (Jn 6,38).

El cuarto grado, el amor sufriente<sup>16</sup>: *“Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!”* (Jn 12,27).

El quinto grado, el amor humilde que se acusa<sup>17</sup>.

El sexto grado, el amor contento con lo más vil: *“Sabido que el Padre le había puesto todo en sus manos [...], se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos”* (Jn 13,3-5).

El séptimo grado, el amor que asemeja: *“Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Jn 14,9).

El octavo grado, el amor que unifica: *“El Hijo no puede hacer*

<sup>14</sup> Debo a la hermana María Magdalena Lyonnet, monja de Dourgne, estas expresiones, propuestas como un resumen mnemotécnico de los doce grados de humildad.

<sup>15</sup> En francés la expresión es “amour perdant”, pero en español “amor perdido” tiene otra significación, por lo que hemos preferido atenernos más a lo que desea expresarse. (N. del T.).

<sup>16</sup> Igual opción que en la nota precedente (N. del T.).

<sup>17</sup> No hay equivalente en *Juan* para este quinto grado, dado que Jesús no tiene pecado.

*nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace Él, eso también lo hace igualmente el Hijo” (Jn 5,19).*

El noveno grado, el amor silencioso: *Jesús no le dio respuesta (Jn 19,9).*

El décimo grado, el amor gravemente alegre: *“Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn 16,20).*

El undécimo grado, el amor en voz baja: *“¡La paz con vosotros!” (Jn 20,19.21.26).*

El duodécimo grado, el amor transformante: *“Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (Jn 20,17).*

A través de toda su vida, Cristo muestra cómo la humildad es el cofre del amor.

## 6. El discípulo es servidor

La obediencia es la humildad vivida, que conduce al discípulo a ser servidor así como Cristo se hizo Él mismo servidor de todos (Jn 13,14-16). Habiendo centrado toda la *Regla* en el amor a Cristo, Benito pide a su discípulo llegar a ser servidor del Señor<sup>18</sup> y servidor de sus hermanos. Sea el abad, el mayordomo, el enfermero, sean los servidores de la cocina, todos están al servicio unos de otros.

Desde el comienzo de la *Regla*, san Benito insiste en la igualdad mutua: *todos servimos bajo un único Señor en una misma milicia (RB 2,20)*; de allí su insistencia en el nombre de *hermanos* que da a los monjes<sup>19</sup>. Esto no es simplemente un cuidado de las consideraciones mutuas, sino una auténtica espiritualidad evangélica cuya fuente es probablemente *Juan 20, 17*: *“Ve a encontrarte con mis hermanos y diles...”*, fuente que Benito hace fluir en el capítulo 72 de la *Regla*:

Hay un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna. Este es el celo que los monjes deben practicar con el amor más ardiente; es decir: *“Se anticiparán unos a otros en las señales de honor”*.

<sup>18</sup> *RB Prol.* 6,45; 2,20; 5,3; 7,70; 18,24; 49,5; 61,10.

<sup>19</sup> Este término se encuentra en once capítulos de la *Regla* y a veces en varias oportunidades en el mismo capítulo.

Este precepto es el desarrollo concreto de la exigencia de Cristo en *Jn 13,35*: “*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor unos a otros*”.

### 7. El discípulo sigue al maestro

El seguimiento de Cristo es dinámico. La vida del discípulo es seguimiento de Cristo y adhesión total a Cristo. En numerosas intervenciones del Señor concernientes a aquel que lo sigue, descubrimos hasta qué punto llama Cristo a su discípulo a conformarse con Él hasta el sacrificio. Y este seguimiento de Cristo es el cumplimiento del mandamiento nuevo: el don de la vida por sus hermanos (*Jn 15,13*). A través del sacrificio mismo del Señor, el discípulo está seguro de dar a su vez fruto, si acepta morir con su maestro<sup>20</sup>. El Padre Xavier Léon-Dufour comentaba así este pasaje del Evangelio:

En lo más profundo de la caída, Jesús descubre la gloria de Dios; ha comenzado por medio de su oración la subida, llevando detrás de sí a los que quieren ser sus servidores para estar con él en la gloria a través de la Cruz. El discípulo puede en adelante unirse a esa misma actitud de su Maestro sabiendo que, si le es preciso morir, odiar su vida en este mundo, es con la perspectiva de la gloria de Dios, sin cesar pedida por la boca misma de Jesús<sup>21</sup>.

Sólo los que quieren seguir a Jesús van a comprender que a través de la cruz pueden contemplar la gloria del Hijo. Benito conduce a su discípulo a esta visión. En efecto, la presencia de Cristo, luz del mundo (*Jn 8,12*), implica una elección del discípulo y por lo tanto una separación de los hombres (*Jn 15,18-20*). La multitud se divide; podemos distinguir por una parte los que creen en Jesús pero tienen miedo (*Jn 6,66*), y por otra parte, los que van a convertirse en sus discípulos: los verdaderos *seguidores* de Jesús<sup>22</sup>. Los mismos elementos se encuentran en la *Regla: no abando-*

<sup>20</sup> Habría que citar todo el capítulo 15 de san Juan.

<sup>21</sup> Xavier LÉON-DUFOUR, *L'Évangile de saint Jean*, fascículo 2, curso policopiado de la Facultad de Teología de Fourvière-Lyon, 1969, p. 293.

<sup>22</sup> Xavier LÉON-DUFOUR, *ibid.*



nes en seguida, sobrecogido de temor, el camino de la salvación (Prol. 48).

Esta conversión no es un fin en sí; está motivada por la única preocupación que se mantiene permanentemente en el corazón del discípulo como en el del maestro: la causa de Dios. Toda la obra de Cristo es para el Padre: el Hijo único vuelto hacia el seno del Padre (*Jn* 1,18), para que, a través del Hijo, el Padre sea glorificado (*Jn* 5,23; 12,28). El Señor Jesús, a lo largo de su misión en la tierra, está lleno de un celo ardiente por el Señor (*Jn* 2,17). Exhorta a sus discípulos a tener ese mismo celo por la gloria de su Padre<sup>23</sup>.

La enseñanza de Cristo, transmitida por *Juan*, se revela como un camino que Cristo hace recorrer a su discípulo a fin de introducirlo en el seno de la Trinidad. El discípulo recibe entonces continuamente esa corriente de amor trinitario; toda su vida es animada, transformada por ella. Una intimidad tal es posible porque Cristo propone a su discípulo la misma relación filial que la que existe entre Él y su Padre.

En el seguimiento de Cristo, Benito concede gran importancia al honor de Dios. En los capítulos sobre la excomunión, su propósito principal es que el monje evite toda ofensa a Dios. Y le da los medios, si hay ofensa, de proveer con el mayor cuidado a la reparación de las faltas cometidas, porque está en juego la causa de Dios. Benito llama a los monjes a tender con todas sus fuerzas hacia la santidad para la gloria del Padre. Aunque esa preocupación del honor de Dios se encuentra principalmente expresada en los capítulos concernientes a la Obra de Dios<sup>24</sup>, en realidad, habita todas las acciones de la vida del monje<sup>25</sup>.

## Conclusión

El discípulo de san Benito, convirtiéndose, haciéndose servidor, dedicándose a Dios solo, marcha verdaderamente en el seguimiento de Cristo y llega a su morada. Jesús espera el amor de su discípulo y le promete a su vez amarlo sin medida (*Jn* 14,21) y permanecer siempre con él (*Jn* 15,10). Amar a Jesús en verdad, concretamente, fuertemente, preferir-

<sup>23</sup> *Jn* 7,18; 14,13; 15,8.

<sup>24</sup> Honor hacia la Santísima Trinidad (*RB* 9,7), honor hacia la divinidad (*RB* 19,6), reverencia debida a Dios en la oración (*RB* 20,1; 52,2), respeto debido al Señor (*RB* 50,3) y, por el honor de Dios, los que llegan tarde al coro harán satisfacción (*RB* 43).

<sup>25</sup> Cf. por ejemplo *RB* 36,4; 63,13.

lo, es escuchar su palabra y guardarla, obedecerle con amor. A tal discípulo, Jesús promete la reciprocidad de ese amor así como la unión ya posible actualmente con Él y su Padre: “*Al que me ame [...] vendremos a él y haremos en él nuestra morada*” (Jn 14,23). Tal es igualmente la meta de la *Regla* benedictina:

Perseverando hasta la muerte en la práctica de su doctrina en el seno del monasterio, participamos por la paciencia en los sufrimientos de Cristo y merecemos tener un lugar en su Reino (*Prol.* 50).

Hay una especie de inversión: la Trinidad viene a la tierra a permanecer en el corazón del discípulo, y el discípulo está en camino para permanecer en el Reino de Dios.

Habiendo buscado y seguido al Maestro hasta el fin, el discípulo aspira a permanecer con Él como lo aspiraba ya en la aurora de su vocación (Jn 1, 38b-39). Sólo los verdaderos discípulos, dice Jesús, tendrán acceso a la casa del Padre cuando Él mismo venga a buscarlos para conducirlos allí (Jn 14,2-3). Y esta morada en Dios, muy lejos de ser estática o estéril, es fuente de vida para el mundo: “*El que permanece en mí y Yo en él da mucho fruto*” (Jn 15,5).

Allí reside el misterio mismo de la vida monástica. Con ese propósito san Benito quiere formar “*hombres de ese temple*” (RB 5,13), *que nada aman tanto como a Cristo* (RB 5,2). Toda la *Regla* está orientada en esta perspectiva y concede los medios para alcanzarla. Así el monje viviendo la *Regla* llega a ser el discípulo que Jesús amaba (Jn 20,2).

Abbaye Notre-Dame de Venière,  
F – 71700 BOYER  
Francia